

SUERTE DE LA FILOSOFIA EN CENTROAMERICA

(Publicado en ECA, 19 (1948) 155-160.

A la atenta mirada desde nuestra hora sobre la cultura centroamericana pasada y presente, salta al primer plano una falla importantísima: la ausencia de pensamiento filosófico. El núcleo metafísico que preside la intelectualidad es insignificante y, desde luego, como tomado en arriendo. Falta elaboración y asimilación filosófica; el resto del mundo ha pensado por nosotros y para nosotros, y las migajas de ese pensamiento han llegado tardíamente a nuestro solar desnaturalizadas y exánimes. Sin contradicción posible, puédesse afirmar que las bases filosóficas de nuestro haber intelectual responden a una actitud adoptiva muy afin a la de la mujer que se conforma a la moda sin discernir si lo que adopta le sienta bien o mal. No ha existido elaboración conjunta filosófica; nuestra cultura ha sido despojada diestramente de todo reflexionar filosófico. Hasta para imitar se necesita de una mediana preparación total, pues, de lo contrario, todo queda a ras de tierra expuesto a las holladuras de pezuñas encharoladas de un dilettantismo elegantemente agostador.

Semejante actitud descansa sobre una resolución trágica y categórica: "Para qué sirve la Filosofía?" —"Para nada"— se ha contestado. Y ese "para nada" vino por diferentes caminos a enquistarse en nuestros medios intelectuales, constituyendo un mal crónico que todavía está vigente en nuestros días. Mientras que en otras naciones hispanoamericanas ha tiempo se está raspando en ese innoble "para nada", y en algunas de ellas con un vigor extraordinario y con un gesto intelectual magnífico —México, Perú, Chile, Uruguay, Argentina...— las repúblicas centroamericanas siguen durmiendo su sueño tranquilo y confiado al margen de todo afán y de toda inquietud de verdadera cultura.

Centroamérica vive aún el eco de la respuesta que la cultura europea en su peor hora diera por boca de Francia a la pregunta por la Metafísica hace casi un siglo. Se enteró de la respuesta, pero al parecer no se ha enterado de la inexorable rectificación que hace ya muchos lustros se está haciendo de tan imprudente y audaz negación de la filosofía, rectificación que se ha operado muy principalmente por ministerio de la filosofía germana.

Quiere decirse que todavía estamos viviendo la hora atrasadísima del positivismo, que es absoluta negación de la filosofía; los anhelos que todo hombre siente por la verdad se pretenden satisfacer por medio de la ciencia experimental, única fuente de verdad. La ciencia es lo que vale; la filosofía queda relegada a la categoría de un aristocrático cuanto inútil entretenimiento.

miento. Y esta vivencia cultural —la positivista— es la que determinó la orientación que preside desde hace muchos lustros los estudios secundarios y universitarios.

Ignoro lo que se haya pensado por ciertos pedagogos de omnímoda intervención en los programas y planes de estudio en Centroamérica acerca de los resultados de este entreguismo positivista, pero ya desde las alturas en que nos vemos, después de acumulada tanta experiencia, hay derecho para afirmar que los resultados son literalmente desastrosos: carecemos de hombres de ciencia y carecemos de cultura filosófica. Y así tenía que ser: unos y otros estudios se complementan en el todo integral de la cultura de un pueblo. Sin metafísica, la ciencia se encanija; aquella sin ésta se “nominaliza”.

Nuestras Universidades se redujeron a una fábrica de títulos profesionales, títulos que, pese a lo que digan, no son sino licencias para practicar el empirismo, de inmediata aplicación económica, con el consiguiente achatamiento cultural de los respectivos países. Se llegó hasta la enormidad de que aun en las facultades universitarias donde por exigencia intrínseca de las enseñanzas en ellas impartidas pareciera que la especulación filosófica podría infiltrarse —la de Derecho, por ejemplo—, quedaron inmunes de ella en una forma tan perfecta que asombra.

Lejos de nosotros negar la existencia de individuos centroamericanos que poseen una cultura personal muy alta y muy respetable; pero afirmamos su aislamiento social, afirmamos su pasión y muerte social. Lo que afirmamos es la inexistencia de una cultura nacional que tenga vigencia, que haga vivir al pueblo los altos valores que integran la verdadera personalidad humana.

Y, además, como esa cultura no puede subsistir sin la colaboración de una élite de obreros del pensamiento, la existencia de esos hermosos intelectos aislados se esteriliza. Por otra parte, es condición imprescindible para la existencia de la cultura de un país que se hermanen dos elementos: los escogidos, los mentores, con su vida consagrada a la verdad, y el pueblo, un pueblo que acate las conclusiones de sus sabios servidores por medio de fervorosa adhesión hacia ellos.

Partimos del supuesto de que la Filosofía es la disciplina que vivida, nos hace auténticamente cultos. Pues bien: Centroamérica no ha dado hasta ahora pruebas fehacientes de responder a la inquietud filosófica que sentimos latir en otras naciones del continente iberoamericano.

La Universidad es el mejor termómetro para poder apreciar el grado de cultura filosófica de un país. Y nos encontramos con que únicamente Costa Rica y Guatemala han comenzado a balbucear en ese sentido, estableciendo en sus respectivas Universidades cátedras de Filosofía.¹

Es un buen indicio, pero no pasa de ser un indicio, pues la indiferencia del sector culto por favorecer esos focos primarios de auténtico saber es tan enorme como evidente. Todavía es avasallador el imperio del desprecio olímpico por esta única disciplina que puede librarnos de nuestra ramplonería intelectual.

Las consecuencias son verdaderamente trágicas: ni arriba, ni abajo, ni en medio se vive auténticamente. Se vive bajo el signo afectivo que trae cada momento a nuestro capricho aunque ese tan vacío vivir sea cultural-

1) También en El Salvador se establecen en este año de 1948 cátedras de Filosofía.
Nota de la Redacción.

Filosofía

mente cohonestado con fórmulas sin consistencia alguna, fórmulas viejas y nuevas —que esto poco importa—, que para otros pueblos pueden ser anunciaciones de altos valores espirituales, pero para nosotros sólo son pobres hojas de parra, inadaptables e inadecuadas para cubrir nuestras vergüenzas culturales. La necesidad de saber que todo hombre lleva ínsita en su naturaleza, queda transformada en la ignominiosa expresión de ambiciones conservadoras o extremistas, impuestas por instintos descarnadamente primarios y elementales.

Si afloran ideales generosos, éstos se malogran porque habrán de asentarse sobre arena, constantemente revuelta por el huracán de una política personalista y de mínima alzada ideológica, para fenecer al instante. Lo único constante, que tiene vigencia, es el afán fenicio, fuerza que eficientemente prosifica la vida.

Por esta carencia de principios supremos y rectores, no hay empacho en abrir la puerta a los mayores absurdos, en adoptar las más sombrías formas de vida, dándoles cartas de humanidad mediante el malhadado expediente de una libertad, destituida de la verdad, o de un orden social, confectionado a la medida de inconfesables intereses.

Así es que, cuando arrecia el temporal inflamado de tremendas negaciones y, por consiguiente, de tremendas afirmaciones, y urge una respuesta —nos hallamos en este trance—, no encontramos otro medio más adecuado que la represión violenta o, a lo sumo, el recurso a una reforma social precipitada, que no prosperará ya que es incapaz de arraigar en los pueblos y de abarcar en su respuesta el complejo de interrogantes que vientos enloquecidos de otros solares arremolinan sobre nuestras cabezas; no somos responsables de la tormenta, pero tenemos que afrontarla como si lo fuésemos, ya que ella arranca desde las más hondas raíces humanas.

Pese a todo, las cosas tienen remedio. Ciertamente, esto no puede aparecer en nuestros países sin una enérgica actitud individual y colectiva a favor de los estudios filosóficos. Pero quien habrá de polarizar, dirigir y afianzar el trabajo de divulgación y asimilación es la Universidad.

Así ha sido hasta ahora y así deberá seguir siendo en adelante. La razón de ser de la Universidad es la de nutrir culturalmente a la ciudadanía en una forma sincera, independiente y abnegada; tal es su misión intrínseca, bastardeada imbécilmente por la de nutrir al país de titulados con manifiesto menoscabo de los valores culturales de la comunidad y, también, de los personales de quienes ostentan un título sin que él sea ejecutoria leal de su saber.

Por lo tanto, la Universidad, si ha de cumplir con su esencial destino, habrá de articular todas sus Facultades —muy especialmente las de Ciencias— a la que es espina dorsal de la cultura: la Filosofía y Letras. Todos los conocimientos, todas las disciplinas poseen naturalmente su poro abierto para respirar el imprescindible oxígeno de lo universal, elemento que sólo la filosofía puede proporcionárselo. Si la Universidad no es estructura a base de este principio, fallará rotundamente en su respuesta a su misión medular. El “Alma Mater” será estéril y esterilizante.

Y no sólo la Universidad; también otros medios de comunicación ideológica deberán cooperar en el menester de conectar al gran público con los eternos problemas filosóficos. Por ejemplo, los diarios bien podrían destinar una página semanal —una de su número dominical— a la divulgación de cuestiones que, a primera vista muy elevadas, no dejan de interesar al lector ordinario, que suele ser curioso por estos problemas.

La mayor de las dificultades, mencionada repetidamente en una u otra forma en el curso del presente trabajo, radica en nuestra carencia de tradición filosófica, la carencia incluso de una actitud filosófica consciente y representativa, cifrando el alma de un fuerte núcleo intelectual centroamericano en Centroamérica.

Sin embargo, como contrapartida, tenemos que en estas mismas latitudes ha habido siempre individuos que han sentido esos nobles afanes y que —al menos como esnobismo— el público ha respondido bien y ha escuchado con gusto a los que esporádicamente nos han hablado sobre temas, a veces muy abstractos, de filosofía.

Por otra parte, las relaciones culturales hanse perfeccionado admirablemente en el mundo entero, y hoy en América, no sólo se lee filosofía, sino que también se filosofa. Además, no obstante las grandes desventajas que conlleva la tan veterada ausencia de los estudios formales de filosofía entre nosotros, una gran ventaja se deriva de este mismo hecho: las dolorosas experiencias que otros medios intelectuales han sufrido, han hecho cambiar de rumbo a los métodos y a las mismas concepciones filosóficas, cosa que, contemplada desde nuestra hora, es extraordinariamente halagadora, pues la filosofía se nos presenta hoy en una forma mucho más aceptable y racional que hace treinta o cuarenta años. Las rectificaciones que se han consumado en los últimos lustros entrañan una importancia definitiva. Nosotros podríamos empezar por donde los otros están. Todos estos dispersos factores favorables podrían ser aprovechados por quienes deben tomar sobre sus espaldas la tarea de imprimir el carácter elevado que la filosofía da a la cultura.

La enseñanza de la filosofía tiene sus condiciones. Perfectamente enterados de los métodos que se han adoptado para la enseñanza de esta disciplina, nos vemos en el trance de advertir ciertos extremos: a la filosofía se le atribuye la misteriosa virtud de levantar y de entronar la cultura, pero esto a condición de que se enseñe filosofía y no otra cosa bajo su nombre prestigioso.

Y cabalmente eso ha ocurrido en la mayor parte de los países en los últimos años: no se ha enseñado filosofía, sino historia de la filosofía. Semejante actitud ha engendrado monstruosidades sin cuento: frío escepticismo acerca de la filosofía; la creencia de que esta ciencia no es sino la enciclopedia de todos los errores; que la verdad no existe, sino meras opiniones; que carece de fuerza formativa sino que se reduce a ser pasto para una muy discutible erudición.

No ignoramos a qué causas obedece ese fenómeno: lo que trabaja tal actitud no es sino un miedo aterrador a encontrarse con ciertas verdades desagradables. Psicológicamente, igual a lo que determinó el destierro permanente en nuestros centros oficiales de la misma disciplina. Pues, ¿no responderá a un propósito calculado y, como tal, malicioso, es decir, a un miedo concreto de liberar la opinión pública para que crezcan en estas doctrinas contrarias a los intereses inconfesables del machetonismo? ¿No habrá respondido a un deseo sordo y a una fórmula secreta para mantener nuestra cultura de rudos militarismos improvisados, que gustan más de dirimir las altas cuestiones a punta de espada que en el sereno campo de la discusión a la luz del sol? El clima que se ha respirado —y hasta se respira en alguna parte todavía— nos hace hasta este extremo de suspicaces.

Sea de ello lo que fuere, el método empleado para explicar la filosofía en ciertas naciones muy cultas está muy a tono con el historicismo que en

Filosofía

los círculos de gran saber se ha vivido y aún se está viviendo. No vamos hoy a escribir sobre él, pero no dejaremos de afirmar sin miedo a ser desmentidos que el positivismo, el pragmatismo y el historicismo son hermanos en la responsabilidad de haber agostado culturas florecientes con el veneno, común a los tres, del escepticismo.

Sólo diremos que nos hallamos en un trance histórico en que los hombres de buena voluntad piden sinceramente razones fundamentadas filosóficamente para sus graves y urgentísimos problemas. Los desastres han abierto abismos y los hombres han topado en ellos con las raíces metafísicas de su ser.

Pasaron los tiempos en que uno podía permitirse el lujo de un escepticismo pulcro, pero hipócrita y barato, que le permitía la holgura de divagar mientras se sentía, más o menos conscientemente, con reservas vitales hereditarias. Hoy las tenemos agotadas, y es necesario que se reconstruya nuestro patrimonio como en las edades de las grandes angustias y de los grandes sufrimientos, sentidos con horrible hondura humana. Este tono afectivo, que se va aceleradamente extendiendo sobre la tierra, hace que el número de los hombres sinceramente deseosos de saber crezca, lo cual no puede menos de favorecer la implantación de los estudios filosóficos donde quiera y concretamente en Centroamérica.

El estudio de la filosofía no ha de consistir, pues, en un recurrido histórico de los sistemas excogitados por los filósofos. Tenemos experiencia de que este procedimiento anula toda formación intelectual que habilita a filosofar a los estudiosos; y este aspecto —el entrenamiento a filosofar— es una de las faenas más importantes que habrá de cumplir el profesor de filosofía. Hay que proponer los problemas filosóficos sin recargos de temporalidad, porque en todos los tiempos se han discutido en filosofía las mismas cuestiones fundamentalmente.

El concepto que se inculque acerca de esta suprema ciencia humana no puede ser una cerrada en banda, obstruyendo los caminos hacia cimas mucho más altas. Sería un crimen el convertir las cátedras de filosofía en clínicas para mipizar los espíritus, induciéndolos a creer que la cumbre filosóficamente alcanzada es la última para el espíritu humano. Porque todavía hay algo más, hay mucho más que se columbra desde la filosofía...

La filosofía tiene que cumplir una misión doble: en primer lugar, debe despertar nuestra angustia existencial, esa angustia que es condición primera para que el hombre se lance desde donde es hasta donde debe ser, angustia que sea vuelo y no nihilista repliegue sobre el propio acabamiento. En segundo lugar, a ella está confiado el descubrir el camino que conduzca a la fuente de aguas vivas que calme honradamente, sinceramente, aquella angustia por ser lo que uno debe ser y que no es todavía, levantando así automáticamente el nivel de la vida integralmente humana.

He aquí el destino urgente de las Universidades centroamericanas.

Costa Rica, marzo de 1948.